

Después de haberlo considerado apto la tarde  
Mita para desempeñar los cargos que más tarde se  
le confitaron, le honro con los siguientes nombramien-  
tos.

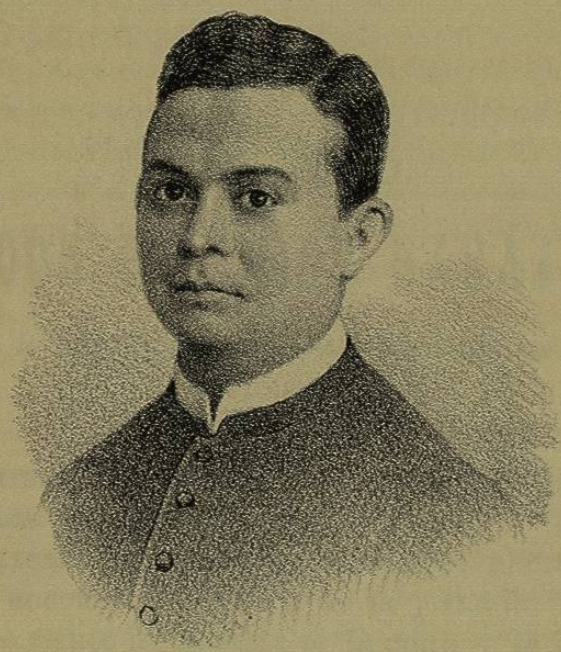
Fue Capellán de la Santa Casa de Loreto, durante  
el período de dos años, en los cuales hizo en ella to-  
das las reformas espirituales que estuvieron á su al-  
cance.

Se le nombró también para desempeñar los Cure-  
tos de Calorce, Rio Verde y Moxcuma, en los cua-  
les hizo algunas mejoras de importancia y se capó  
el cariño de sus feligreses, hasta el extremo de que  
lamentaron muchos su separación de las feligresías  
donde tanta bondad había demostrado y donde tan-  
tos bienes había esparcido.

Fue después nombrado Capellán de las Vicarías,  
cargo que tiene desde hace quince años, y más tarde  
Cura párroco de la feligresía de Santa María la le-  
honda de esta Capital, en la que ya tiene prestados  
diez años de servicios, durante los cuales ha hecho  
al templo algunas repeticiones de importancia, y sos-  
tiene bajo sus auspicios un colegio católico para par-  
vulos que se halla ubicado en el cementerio de la  
parroquia.

Ha desempeñado importantes cargos de la Santa Se-  
de, y es a la presente uno de los más doctos e impor-  
tantes Ministros con que cuenta el Clero Mexicano.

Hasta es la causa por la cual hemos querido honrar  
nuestra púlpito obrando insertando su biografía, la que  
terminamos haciendo votos á Nuestro Señor Jesu-  
cristo por la felicidad de tan esclarecido Ministro.



SR. PRESB. D. HILARION BARAJAS,  
MINISTRO DE CORPUS-CHRISTI (D. F.)







bierto de flores, un inmenso desierto cuyo ardiente aire seca las fauces del caminante, el sol abrasador tuesta su cutis y las arenas candentes destrozan las plantas de sus piés, más que si fuesen puntiagudos guijarros.

Y al viajero que por la Omnipotente mano del Increado es lanzado por esa senda, le es imposible volver atrás. El camino está colocado de tal manera, que aquel que en vez de llevar la vista fija hácia el horizonte, vuelve los ojos atrás para ver lo que ha caminado, le desvanece la obscura pendiente que mira, y perdiendo el equilibrio, cae y rueda hasta el abismo, teniendo que volver á escalar lo que ya habia escalado.

El camino es incalculable: para los débiles es inmenso; para los fuertes corto. En partes es intrincado y obscuro, y entónces sólo puede caminar el viajero si en su alforja lleva el eslabón de la Constancia y la piedra de la Fe, para prender la tea de la Esperanza. Esa tea da una brillante y viva luz, luz que imprime á todos los objetos que baña un tinte tan halagador que hace parecer que cansa ménos la jornada.

Esa fulgente luz, reflejándose en el obscuro firmamento, nos hace ver los negros nubarrones que pueblan nuestra atmósfera, teñidos de color de rosa y oro; las espinas toman á su influjo el pálido color azul de las violetas; los quebrados y puntiagudos peñascos nos son transformados en opalinas piedrecillas que lanzan fulgores graciosos y extraños que encantan nuestra vista. Hasta el ambiente se perfu-

ma á su contacto y se torna suave, porque á medida que aquella tea de sándalo va ardiendo, el aroma que despide se impregna en el aire que respiramos.

Pero únicamente los que creen, traen consigo ese adminículo tan preciso para emprender el viaje. Los que, por el contrario, cargan sobre sí la duda, es inevitable que tengan que lamentarse, pues esa carga, á más de ser innecesaria, es en extremo pesada. Muchos viajeros la traen consigo porque el génio del mal los ha engañado, haciéndoles creer, al donársela, que es un alimento que les dará fortaleza y vigor para soportar las penalidades del camino; pero nó hay tal. Con la duda casi siempre viene la desesperación, ave de rapiña que gusta mucho de ese manjar maléfico y que afianza al infeliz que lo carga, con sus negras y afiladas uñas. Y como el que lleva consigo ese manjar tan apetecido por el ave feroz, lo trae guardado como en un tabernáculo, en lo íntimo de su pecho, al quererlo arrancar de ahí la desesperación con su corvo pico, rasga las fibras más sensibles de su corazón y deja en ellas concentrado el matador veneno del desengaño.

Al sentir circular por sus arterias ese veneno, el caminante se siente perdido; su vista se apaga, sus piernas flaquean; las heridas de sus plantas le causan punzantes dolores; vacila, tropieza y cae constantemente, sintiendo que los guijarros le mutilan sus miembros y quisiera detenerse, quisiera retroceder, pero á sus espaldas se abren profundos abismos; ve hácia su frente y el horizonte, dibujándosele, muy lejos, le hace notar que aún le falta mucha pa-



ra llegar al fin de la jornada y quisiera descansar; pero la implacable mano del destino lo impulsa hácia adelante.

Por eso decíamos ántes que el camino es incalculable, porque cada uno lo compara como lo siente.

En medio del desierto, entre las arenas y las rocas que lo cubren, hay un oasis donde vegetan las palmas, que extienden amorosas sus brazos para albergar á los cansados caminantes que se sientan en los bancos de césped que existen bajo su sombra. Allí se respira un viento suave y aromatizado por la esencia que despiden de sí los limoneros, los tomillos y los naranjos. El suelo es suave y cubierto de verde musgo, y al viajero que pasa por ese lugar le es permitido recostarse y recuperar sus fuerzas para proseguir de nuevo su camino.

De sus árboles penden frutos sabrosos que refrigeran al peregrino á quien le es dado comerlos, pues que son dón del cielo, pródigo para sus criaturas.

Aún hay más; seguid una de esas veredas cubiertas de violetas y de lirios, de gardenias y de magnolias é ireis á dar á una glorieta formada por frescos y frondosos fresnos, pinos, cedros, alamos, cipreses y granados.

En medio de esa glorieta, y del centro de una fuente formada por rocas de vivos y variados colores y rodeada por flores de diferentes clases, brota un cristalino raudal, que al caer espumea y cuya límpida superficie convida al sediento viajero á refrescar su paladar.

Esa fuente de dulzura y bienaventuranza, cuyas

aguas frescas y transparentes se esparcen por todas partes para apagar la sed de los peregrinos que se acercan á ella, es la Religión.

La Religión, manantial inagotable de bienes, fuente de salud y de vida, cuyas aguas fortalecen al que las bebe.

Tomad el refrigerante líquido de su manantial y sentireis renacer la fuerza en vuestro espíritu, y caminaréis con más anhelo y constancia hácia donde vuestro destino, más ó ménos duro, más ó ménos implacable, os haya designado.

Los que llegueis á ese oasis hasta donde nos conduce la razón, probareis los dulcísimos y ópimos frutos que da la exuberante vegetación que lo vivifica, sentireis al blando soplo del céfiro ocrearse el sudor de vuestra frente y ya fortalecidos emprendereis seguros la marcha nuevamente, apoyados en el báculo de roble que la Firmeza haya depositado en vuestras manos.

Para eso no teneis más que seguir el ejemplo de tantos cristianos que con verdadero valor han sabido resistir á los embates del destino, como son los Ministros de nuestra santa fe católica á cuya defensa se halla consagrado este nuestro humilde trabajo, y al efecto vamos á narrar los rasgos biográficos de uno de los que con su ejemplo ha sabido dar lustre á nuestra Religión.

Nació el Sr. Pbro. D. Hilarión Barajas, de quien nos vamos á ocupar en las presentes líneas, en la populosa ciudad de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, uno de los más grandes de la República.



Fueron sus padres el Sr. D. J. Guadalupe Barajas y la Sra. D.<sup>ca</sup> María Antonia de Barajas, originarios también de Guadalajara.

Circunstancias particulares hicieron emigrar á la familia del niño Hilarion, que contaba once años entonces, á esta Capital, donde vinieron á radicarse sus padres.

La negra sombra del infortunio cubrió de luto el hogar de este jóven, á quien la fiera Parca arrebató en muy corto espacio de tiempo las existencias de sus amados padres, dejándolo en la orfandad, y en el aislamiento más absoluto, cuando apenas contaba trece años de edad.

Siguiendo entonces los impulsos de su conciencia, quiso dedicarse á la carrera eclesiástica, y en efecto emprendió sus estudios, no sin tener que salvar grandes dificultades, no sin tener que desvanecer grandes obstáculos que á veces lo hacían desmayar, pues se creía impotente para resistir á los embates de la suerte.

Tropezando á cada paso que daba por la senda que se habia trazado, hasta llegó á pensar que los designios del Altísimo no eran que él se consagrara al sublime ministerio que habia de buena fe abrazado, é interrumpió sus estudios eclesiásticos para dedicarse á la abogacía, desempeñando durante ese tiempo algunos destinos de escribiente en el Gobierno civil.

El año de 1872, con más ardor aún, volvió á emprender su interrumpida marcha, y fué uno de los fundadores del Colegio Clerical de Señor San José, en el cual, lo mismo que en el Seminario Conciliar

de México, en el que estuvo cerca de dos años, cursó las materias de Latin, Filosofía, Teología Dogmática, Historia Eclesiástica, Sagrada Escritura, Derecho Canónico, algo de Derecho Civil en los intervalos que duró fuera de sus colegios, Teología Moral y Rúbricas.

Durante el transcurso de sus estudios captóse la simpatía de sus profesores y el cariño de sus discípulos, que veían en él un hermano sobrio y moderado que les ayudaba con sus consejos y los fortalecía con su ejemplo.

El día 21 de Mayo de 1875 recibió la tonsura Clerical: el 23 de Febrero de 1877 recibió las cuatro Ordenes menores: el 19 de Septiembre de 1884 el sagrado Subdiaconado; el 20 de Diciembre del mismo año, el Diaconado, y el 28 de Febrero del año de 1885, el Presbiterado; habiendo recibido la primera tonsura y las Ordenes menores en la iglesia de la Purísima Concepción, y el Subdiaconado, Diaconado y Presbiterado en la Capilla del Señor del Claustro, en Tacuba, de manos del Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, finado Arzobispo de México, tan sentido á su muerte por las innumerables virtudes que le adornaban, quien por bastante tiempo le impartió su protección.

La muerte de este Ilustrísimo Prelado lo hizo experimentar otra nueva orfandad, pues en él encontró, y lo confiesa agradecido, un padre amoroso y tierno que consolaba sus cuitas.

El Sr. Presbítero Barajas bendice, desde lo íntimo de su alma, la memoria de su ilustre bienhechor.

Después de haber concluido su carrera eclesiástica,



teniendo que vencer para ello las barreras insuperables que se presentaban ante su camino, desempeñó en el Colegio Clerical Josefino las cátedras de Latinitud, Filosofía, Moral, Religión y Derecho, teniendo la buena fortuna de haber contado con algunos discípulos á quienes la Sagrada Mitra ha conferido el cargo de Curas de algunas parroquias de la Archidiócesis.

Desempeñó además otras varias comisiones, como la de Prefecto del Colegio, Vice-Rector, Secretario, Bibliotecario del mismo y Vice-Director de la Asociación Universal; como lo acreditan *El Propagador*, boletín eclesiástico, *El Tiempo* y *La Voz de México*, periódicos católicos de la Capital, quienes más de una vez lo han elogiado con diferentes motivos.

Ha servido de Vicario en varias parroquias foráneas y de la Capital, en donde reside actualmente en calidad de Ministro, celebrando, predicando y confesando, y ayudando en lo concerniente á su sagrado ministerio en varias iglesias.

Ha enseñado moral y religión á muchas personas en establecimientos particulares, y escrito varios artículos de gran mérito, sobre ese tema, en algunos Boletines y periódicos católicos.

Es miembro honorario de varias Sociedades y Asociaciones de caridad, como la de Nuestra Señora del Rosario, del Centro de San Pedro, "Isidro Hernandez," etc., y se dedica con empeño á los enfermos y moribundos, en cuya cabecera se le ve con frecuencia, así como á socorrer, en cuanto puede, al huérfano y á la viuda.

Ha sido siempre objeto de la envidia, no sólo de algunos compañeros de colegio y de sacerdocio (desgraciadamente), sino aun de algunos de aquellos que él educó y procuró proteger en cuanto ha podido.

Con bastante frecuencia ha sido tambien blanco de los tiros de algunos de aquellos que en el siglo fueron sus más sinceros amigos, y lo que es peor aún, de sus parientes más allegados, quienes parece que por sólo el hecho de ser sacerdote y de despreciar al mundo y sus halagadoras promesas, le juraron un odio á muerte, eterno y pertinaz.

Ultimamente, á consecuencia de una atroz calumnia, sufrió una terrible persecución de un Jefe Político, por espacio de cuatro meses, sin tener más crimen que el de haberse granjeado el cariño de los pueblos, mediante su ministerio eclesiástico, ejerciéndolo con verdadero celo apostólico y con cariño y solicitud paternal.

En medio de infinidad de trabajos y de infortunios, de contradicciones y malas voluntades de todo género, que experimentara desde muy al principio de su gloriosa y sublime vocación, hasta el presente no ha desmayado sin embargo; ántes por el contrario, sufre resignado y con paciencia, y espera siempre impávido los revéses de la fortuna y de la adversidad, seguro de que acá en la tierra no hay ni puede haber sino ingratitud é injusticias.

El siempre está dispuesto á despreciarlo todo y á combatir frente á frente la ruda adversidad. Sus palabras son: ¡Animo, valor! pues "AD MAJORA NATUS SUM."